

## FIGURAS GUIPUZCOANAS

---

# UN EIBARRES INSIGNE

---



**E**N Eibar, vió la luz de la vida; á Eibar, le cabe memoria tan preclara, y no solamente se honra Eibar con hijo tan insigne, sino que. Guipúzcoa toda, y España á la vez, le cuentan entre sus glorias legítimas, y así su nombre enaltece á la patria chica y sus hechos registra orgullosa la patria grande.

Inclito caballero de Alcántara, militar valeroso, habilísimo marino que gobernó flotas, que á sus órdenes ondeó triunfante la bandera española en medio de los combates, el que con tanta pericia rechazó á cuantos osaron inmolar el nombre de aquella España vigorosa aún, el hombre honrado que cumplió con todos los deberes y que fué admirado con entera justicia por sus contemporáneos..... su nombre, sólo su nombre deseamos sacarlo hoy del olvido en que yace, presentando con toda la aureola a que es acreedor, á nuestro tiempo, á esta generación indiferente é ingrata.

Demos tregua por un momento á nuestra agitación incesante, á esta lucha continua; cese el motor que motiva el ensordecedor ruido de la vida del día, dejad sólo por un instante el batallar por la existencia que nos envuelve y que nos aísla de la historia y, escuchad, más todavía, no dejéis de conocer, no ignoréis aquello que en vuestros pechos ha de ser conservado al calor del corazón.

Presentemos armas, y hagamos que surja la memorable figura del guipuzcoano; cedamos, cual corresponde, puesto de honor á la ilustre, á la culta, á la industriosa villa de Eibar, y ésta acogerá con entusiasmo patriótico memoria de tan alta consideración.

Hacia el último tercio del siglo XVI, nació el personaje de estas líneas: D. Carlos de Ibarra.

Muy joven, ingresó en la real armada, distinguiéndose pronto por su doble espíritu de soldado valeroso y hombre de mar.

Para el año 1618, alcanzó ya renombre su personalidad; distintas comisiones que le fueron encomendadas, cumplió con general satisfacción,

Hallándose el Océano infestado de piratas, consiguió, en más de una ocasión, abrirse paso haciendo fuego continuado de babor y estribor durante todo el viaje, llegando á puerto *sin novedad á bordo*

Por los años 1678, contribuía Ibarra en Cartagena de Indias, preparando su regreso á España.

Cuando el valeroso eibarrés iba á hacerse á la mar, le fué comunicado que demorara el viaje, porque una nutrida escuadra holandesa acechaba á la flota española, se le ordenaba además que procurase evitar el encuentro con fuerzas tan superiores, prometiéndole que sin pérdida de tiempo recibiría refuerzos.

Ibarra, se preparó como pudo; su escuadra se componía de siete galeones con merma bastante de su dotación.

El marino guipuzcoano comprendía que el tesoro cargado en sus embarcaciones era de gran necesidad en España, y por eso sentía ardiente deseo de servir á su nación con oportunidad aun á riesgo de lo que le pudiera ocurrir.

Dicho y hecho; levó anclas y dióse á la vela.

A los pocos días de navegación los avisos recibidos por Ibarra, viéronse confirmados. La escuadra enemiga repartida hábilmente, disponíase á hacer presa.

El almirante Ibarra, sin inmutarse por lo que se presentaba á la vista, dió órdenes acertadas, dispuso que no se disparara un sólo tiro, hasta que él mandara.

«Españoles:—arengó el valeroso eibarrés—tenemos que cumplir una misión sagrada; España espera ansiosa el cargamento que nos ha confiado; estos piratas infames que se acercan á arrebatarnos, es un obstáculo muy pequeño que se nos presenta al paso. Soldados! no debemos morir, debemos hacer frente á esa canalla, nuestros disparos han de dar en el blanco, retroceder, jamás! nunca! soldados! acordaos que España nos espera! Viva España!!»

La patriótica exclamación fué repetida con brío, allí en medio del mar.

Media hora después, la capitana española fué abordada por la holandesa, metiendo ésta el bauprés por la jarcia de trinquete, mientras que otras tres grandes naves piratas cañoneaban por diversas direcciones al galeón jefe español.

En esta disposición dos horas inmensas se sostuvo Ibarra, sólo con arma blanca; el disparo de andanadas enteras caían sobre la capitana española; en medio de la tripulación se veía á Ibarra sublime, aguardando momento oportuno en que aquella horrible escena cambiara de aspecto.

La cubierta del barco español iba recibiendo toda clase de proyectiles; y, cuando el heróico hijo de Eibar conoció que eran ya varios los barcos que se echaban sobre su capitana, cuando ya veía á la escuadra enemiga á bocajarro, no hubo más que pensar, lanza la voz de ¡¡fuego!! y, allí fué Troya.

Entonces, aquello... imposible describir lo ocurrido, tal efecto causó el disparo general de capitana española, que, las naves enemigas que no fueron á pique, tuvieron que picar cabos y desatracar á larga distancia.

El galeón de Ibarra se incendió por cinco partes, y en el momento de estar cortando las llamas, fué otra vez atacado por los holandeses, siendo estos rechazados nuevamente con horribles destrozos por otro disparo general.

Los otros galeones que componian la flota española, se portaron lo mismo, con igual grandeza que la misma capitana.

La escuadra española sufrió la pérdida de más de cien muertos, con número proporcionado de heridos; averiadas en más ó menos grado las embarcaciones, pero sin pérdida de ningún barco.

El enemigo, según confesión de los prisioneros, tuvo más de quinientos muertos, innumerables heridos, y pérdida completa de varios barcos, que yacían sin gobierno á la vista.

Pero hay más. Con sus maltrechos galeones, Ibarra aguardó tercer combate, conservando toda la noche encendidos los faroles «para que si el enemigo quisiese volver á pelear—dice el parte del ilustre eibarrés—supiese dónde estaba esta armada, y al día siguiente, al amanecer, no se vió ni se ha visto más».

En España y en todas sus posesiones, causó regocijo el triunfo de aquel combate, y en diversas provincias de la Península y en América, se imprimieron relaciones de tan memorable hecho de armas, cele-

brándose en Madrid, un juicio militar sobre la batalla, de donde resultó extraordinariamente aclamado el comportamiento grandioso del general Ibarra.

Y que fué marqués, y conde, y que su nombre alcanzó verdadera reputación y que toda su biografía es digna de verdadera admiración; todo es muy cierto.

No nos podemos extender más sobre el gran Ibarra. Sólo, únicamente, ha sido nuestro objeto, recordar á Guipúzcoa y sobre todo á Eibar, el recuerdo de D. Carlos de Ibarra.

F. LÓPEZ ALÉN.

